

# ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

Año I

1975

Núm. 2

## ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
W. Pannenberg: <b>Antropología cristiana y personalidad</b> ... ..	209
H. Fries: <b>¿Jesús al margen de la Iglesia?</b>	221
Mariano Peset: <b>Apuntes sobre la Iglesia valenciana en los años de la nueva planta</b> ... ..	245
Ignacio P. de Heredia: <b>Inquisidor y juez: una incompatibilidad en Derecho Procesal Canónico</b> ... ..	259
Antonio Mestre Sanchis: <b>Influjo erasmiano en la espiritualidad del Inquisidor General Felipe Bertrán (1704-1763)</b> ... ..	277
Vicente M. Bonet: <b>Notas acerca del fenómeno religioso en Japón</b> ... ..	297
Vicente Cárcel Ortí: <b>El nuncio Brunelli y el Concordato de 1851 (continuación).</b>	309
Recensiones ... ..	379

## ¿JESÚS AL MARGEN DE LA IGLESIA?

### Interpretaciones no eclesiales de Jesús en la actualidad como desafío y ofrecimiento\*

*Por H. Fries*

Universidad de Munich

El tema propuesto en este artículo puede ser que suscite actitudes y reacciones contrapuestas.

Como cristianos podríamos sentirnos satisfechos viendo cómo el tema: 'Jesús' se ha extendido y se sigue extendiendo a amplios círculos que se encuentran fuera de la Iglesia y de las iglesias. Se puede apreciar en ambientes no eclesiales el resultado de una actividad que tiene su origen en las iglesias, como fruto histórico de las mismas. Pero también se puede —incluso se debe— descubrir en el hecho y en los fenómenos de las interpretaciones no eclesiales de Jesús una especie de pecado de omisión, un fallo o defecto por parte de la Iglesia y de las iglesias. Una interpretación de Jesús de origen paraeclesial, o incluso contrario a la Iglesia, solo se puede comprender y explicar si admitimos que su razón de ser se debe a que en el marco de lo eclesial no se dice todo lo que se puede decir sobre Jesús; a que no se llega a formas y realidades exhaustivas, acerca de su realidad, de las fuerzas e impulsos inherentes a su persona y a su causa.

El tema "Tipos fundamentales actuales de interpretación no eclesial de Jesús", vamos a tratarlo de acuerdo con los siguientes puntos:

- 1) El Movimiento "Jesus-People".
- 2) Tipos fundamentales de interpretación de Jesús según la literatura contemporánea, sobre todo en Alemania.
- 3) Tipos fundamentales de interpretación de Jesús en la filosofía actual sobre todo en Alemania, y, por último
- 4) en las discusiones judías actuales.

---

\* Conferencia pronunciada por el Prof. H. Fries con motivo de los Coloquios Valencinos celebrados en Valencia en el mes de mayo de 1975, con la colaboración de la Facultad de Teología "S. Vicente Ferrer" y el Instituto Alemán de Valencia.

Para terminar, intentaremos sacar algunas conclusiones teológicas, reflexionando sobre la información acerca de estos tipos fundamentales de interpretación de Jesús.

## I

### LA INTERPRETACIÓN DE JESÚS EN EL "MOVIMIENTO-JESUS-PEOPLE" ACTUAL

Este movimiento surgió en los Estados Unidos de América mediados los años sesenta. Se extendió por toda América acogiendo grandes grupos de jóvenes; a comienzos de los años setenta llegó también a Europa, alcanzando una gran resonancia sobre todo al ser potenciado enormemente por la televisión, el cine y el teatro (el título más conocido es: "Jesucristo Superstar" tanto como disco que como película y representacional teatral; hasta ahora son 5 millones los discos impresos). La amplitud y características diferenciales del "Movimiento-Jesus-People" son difícilmente determinables con exactitud y pormenor. Para nuestra preocupación tiene más interés analizar lo fundamental que detenernos en pormenores. Y esto es lo que vamos a hacer en los siguientes puntos:

Este movimiento debe su nacimiento esencialmente a estos motivos: En primer lugar hay que tener en cuenta esos movimientos religiosos que, como asociaciones libres de individuos (el llamado "Congregationalism"), han producido en América un impacto histórico que todavía se conserva vivo. Estas asociaciones surgieron con una voluntad de conversión, de llamamiento y renovación espirituales. Siempre hay en ellas una referencia a alguna experiencia de tipo espiritual; ya sea a la iluminación del Espíritu Santo, ya sea a un encuentro inmediato con Jesús. Estas experiencias eran transmitidas y compartidas mutuamente, prefiriéndose los cafés como lugares de reunión. Actuaban a base de una dinámica de grupo; el ejemplo más impresionante que tenemos son los "Children of God" ("Los Niños de Dios").

El segundo motivo de este Movimiento es esto que llamamos "Subcultura" o "Contracultura", entendiendo por tal un concepto opuesto a "Cultura", como expresión global de formas de vida y de conducta actuales que abarcan a todos los sectores, sobre todo —y nos mantenemos así en el caso de América como ejemplo— de la "american way of life". Si esta "american way of life" está determinada por factores tales como tecnocracia, cientifismo, racionalidad, operatividad, maquinismo de producción y de consumo desenfrenados, máximo de ganancias, efectividad, éxito, progreso, desarrollo, propiedad, bienestar..., entonces tendremos que "Subcultura" o "Contracultura" significan una expresa desazón sobre todo esto, una protesta consciente contra esta forma de vida y de conducta, así como contra los valores y los fines que la configuran.

Esta contra-posición se hace más intensa en la medida que el mundo y la sociedad, entendidos de modo tecnocrático, se muestran incapaces de solucionar problemas tan elementales como la convivencia justa entre razas, entre generaciones, entre hombre y mujer, entre padres e hijos. Y este mismo mundo y esta misma sociedad son los que envuelven totalmente al hombre exigiéndole en demasía. Lo humano queda fuera del campo de intereses, o simplemente excluido. No es que no se pueda ya responder a la pregunta de: “¿Dónde va esto?”, es decir, al sentido de la vida, pero ni siquiera se permite hacerla. Mas entretanto la pregunta se vuelve acuciante y con ella sus muchas y diversas concretizaciones sobre acontecimientos y experiencias que son decisivos en la vida de cada hombre.

A esto hay que añadir el trauma de la guerra del Vietnam y las confrontaciones que América tuvo que sufrir por su causa: la limitación y el fracaso de una tecnología militarista desarrollada hasta el máximo grado; la cuestión acerca de la responsabilidad moral de esta agobiante empresa.

Una expresión de esta desazón y de esta subcultura fue la protesta política con las miras puestas en una transformación social de carácter revolucionario; otra lo constituyó el Movimiento Hippí, que, desengañado ante el fracaso de la lucha política, intentó alcanzar un mundo mejor sin coacciones y libre: la “permissive society”, llena de amor y de fraternidad. La aparición de los Hippies en una sociedad enemiga del placer y en un mundo carente de sentido no fue más que una huida sin destino, que, a causa del enfrentamiento con lo establecido, el “Establishment”, tuvo el mismo fracaso que el movimiento social revolucionario. Como sucedáneo se ofreció la droga sicodélica que producía el efecto de una ampliación de los horizontes de la conciencia, de una liberación, y, con ello, la huida de la realidad, sugiriendo el ensueño de una vivencia paradisíaca.

Pero cuando se vio que los resultados de los estupefacientes abocaban en el desengaño y en la borrachera; cuando una parte de los Hippies desembocó en la brutalidad y en el crimen, y, con ello, la indignancia y la desorientación, unidas a la conciencia de culpabilidad, se hicieron más patentes, se presentó el campo abonado para establecer un nuevo camino y salida: el “Movimiento-Jesus-People”.

Partiendo de este contexto se pueden comprender expresiones como: Jesús es el mejor “Trip” (=camino). No es la droga, sino Jesús quien nos libera de la angustia, de la soledad, de la vaciedad de sentido. Jesús nos asegura la plenitud; por Jesús nos hacemos “high” (=altos) y “unhung” (=independientes), es decir, libres de nuestro pasado.

De esta manera, se puede comprender que la situación de los Hippies se proyectó sobre Jesús; que Jesús es visto, presentado y cantado como

si fuera un Hippie. Por ejemplo en las conocidas frases: "Se busca a Jesucristo, . . . jefe famoso de una banda de los bajos fondos. Se le acusa de los siguientes delitos: práctica de la medicina sin titulación, productor de vino y repartidor de comidas; discute con los comerciantes en el Templo. Trata con conocidos criminales, con radicales y gente subversiva; con prostitutas y mujeres públicas. Asegura estar en posesión de la autoridad que transforma a los hombres en hijos de Dios. Ésta es su descripción exterior: Hippie típico, melenas, barba, vestido largo y sandalias. Frecuenta los bajos fondos; tiene algunos amigos ricos y se esconde en el desierto. ¡Mucho cuidado! Es muy peligroso. Su doctrina insidiosa ejerce un gran atractivo sobre aquellos jóvenes de quienes aún no se ha conseguido que lo ignoren. Exige la conversión de los hombres y se arroga la facultad de hacerlos libres. ¡Cuidado con él! Aún anda suelto".

Desde esta misma situación y motivación nos podemos imaginar la doctrina de Jesús y sobre Jesús bajo esta fórmula breve y fácil de recordar: "Si tu Dios ha muerto, toma el mío"; Jesús vive; cámbiate a Jesús. Jesús te ama. Jesús da un sentido a tu vida. Él te perdona toda culpa y renueva tu vida. Jesús tiene la clave para solucionar cualquier problema humano. Lo mismo queda expresado en las deprecaciones a Jesús: "Jesús, ¿no quieres volver con nosotros al mundo? ¡Jesús vuelve! Ven con los que fuman marihuana y con los que hablan, hablan y hablan... Ven con los hombres que siguen pensando que el mundo está o.k." Estas palabras son verificadas por medio de las experiencias y descripciones de los que se sienten profundamente afectados por ellas. Entre éstos se encuentran en América varios cientos de miles que habían sido víctimas de las drogas.

Ninguna de estas frases constituye, en absoluto, una novedad; son tan antiguas como los mensajes de cualquier tipo de movimiento de liberación. Pero lo que no se puede discutir es que pueden causar impacto, porque de hecho lo han causado. Y esto es válido y real a pesar de que desde una perspectiva crítica y teológica hemos de tener en cuenta que la Biblia es amañada como expresión de un Jesús "Jefe"; que las expresiones bíblicas son combinadas según un criterio meramente sugestivo y proclamadas como "slogans" propagandísticos, sin tener en cuenta para nada ni la exégesis ni la hermeneútica. El "Jesus-People" rechaza de manera fundamental y consciente la teología, pues creen que la reflexión teológica y teórica pone en peligro la vivencia y la experiencia inmediata.

Esta manera de pensar la expresan frases como las que siguen: "Yo quiero a Jesús, pero el resto de la Biblia no me importa para nada. Me irritan los discípulos de Jesús; prefiero cualquier otro personaje de la Biblia que los discípulos. Si por casualidad hay alguien que lo quiera saber, el tipo que más me gusta, después de Jesús, es ese loco que vivía

entre los sepulcros y que constantemente se estaba hiriendo contra las piedras; ese pobre desgraciado es el que me gusta”.

Por los mismos motivos, se rechaza todo lo que tiene que ver con la Iglesia. Los elementos constitutivos de la Iglesia, tales como ortodoxia, reglamento e institución, derecho y ley, tradición, historia, dogmas, imposibilitan la inmediatez de la vivencia personal, del encuentro directo y del estímulo espontáneo. Las iglesias —y esto es otra cuestión— han falseado la verdadera imagen de Jesús, y de un amigo dispuesto a ayudarnos han hecho un ser sobrenatural alejado de los hombres.

Según otra versión, en la Iglesia hay demasiado fariseísmo, demasiado teatro, demasiado ropaje. En las iglesias se oculta a Jesús como modelo de lo digno, puro, inocente, auténtico. A Jesús —según consta en la revisión que Henrich Böll hace de la novela de J. S. Salinger, *Der Fänger im Roggen*—, solo le hubiesen gustado los timbales de entre toda la orquesta que las iglesias han formado.

El oficio religioso del “Movimiento-Jesus-People” ni se organiza ni se ritualiza; consta más bien de formas y creaciones libres, en las que la palabra, la deprecación, el éxtasis y el ritmo gozan del mismo valor. Como actitud ética solo vale la que se orienta hacia Jesús.

Pero, a pesar de las radicales exigencias éticas, no surge ningún tipo de oscuro rigorismo. Sobresale el sentido de la alegría, como signo de liberación y de plenitud de vida. La renovación y la transformación del mundo no vendrán, según la convicción de este movimiento, ni de cambios externos, ni del compromiso político, ni del social, sino de una interiorización de nueva creación.

Visto desde un ángulo teológico, podrá haber distintas opiniones acerca del Jesús del “Jesus-People”, del “Jesús exaltado”. También es discutible si este movimiento tiene futuro, y cuál pueda ser.

Lo asombroso, en todo caso, es que en el último tercio de nuestro siglo, Jesús se va haciendo cada vez más actual; es algo fascinante como nunca. Y la verdad es que no se trata de un Jesús, partidario de la rebelión en su lucha contra la guerra y lo inhumano, sino de un Jesús considerado como víctima de la que todos abusan, como símbolo permanentemente y accesible de pureza, alegría, entrega absoluta, vida auténtica. ¿No se tratará de una nueva expresión de esa ansia que tiene la humanidad desde los más lejanos tiempos?

Sea de esto lo que fuere —y con ello queremos poner punto final a estas fragmentarias reflexiones—, lo cierto es que, aunque las soluciones contenidas en estas interpretaciones de Jesús, fluctuantes entre lo cúsfil y lo auténticamente religioso, puedan ser muy unilaterales, ambivalentes y pasajeras, han conseguido —y esto no es poco— mantener despierto el interés por Jesús y por su Evangelio en aquellos sectores de la nueva generación que muchos han considerado y siguen considerando como

perdidos, y de los que se dice que hay que desechar desde el punto de vista religioso y cristiano. "Son tantos los genuinos rasgos cristianos que presenta el 'Movimiento de Jesús' que sería temerario declararlos en su totalidad como una especie de malformación genética. Más bien tendremos que preguntarnos si acaso no se les ha revelado a los 'freaks' de Jesús lo que se les ha ocultado a los sabios e inteligentes".

## II

### EL JESÚS DE LOS LITERATOS

Para tratar este tema desde una perspectiva actual, tenemos que considerar el concepto "Literatura" en un sentido amplio. Hoy se entiende también como literatura una especie de periodismo, sobre todo el que se considera a sí mismo como periodismo especializado, que no escribe para un día, sino para una semana o un mes. Hablemos primeramente de éste en breves trazos. Yo me voy a limitar a la situación en Alemania. Y como primer ejemplo valga el libro de Rudolf Augstein, *Jesus Menschensohn* (=Jesús, Hijo del hombre). Sobre él no habría que decir hoy más que lo siguiente: A Augstein no le interesa tanto Jesús cuanto la Iglesia y las Iglesias que, según su opinión, siguen teniendo, precisamente en Alemania, una excesiva influencia social. El poder y la influencia de las iglesias puede y debe ser reprimido demostrando, sobre todo, que las iglesias cristianas "apelan a un Jesús que nunca ha existido, a doctrinas que él nunca enseñó, a poderes que él nunca impartió y a una filiación divina que él ni la creyó posible ni la exigió".

El libro de Augstein está escrito según éste principio hermenéutico; de esta manera determina él su posición selectiva. Según esto, verdad es todo lo que fundamenta esta tendencia y lo que sirve para su robustecimiento. Además, Augstein está convencido de que los resultados de la moderna exegesis crítica están de su parte. Mal lo pasan también en el libro de Augstein los teólogos críticos cuando no hablan de acuerdo con su opinión. Si actúan así es solo porque tienen miedo, porque son unos hipócritas o porque mienten; puede que se trate de una mentira "simpática" —como se califica la de Karl Rahner— que de "manera simpática" sabe que está diciendo falsedades". Las iglesias cristianas se apoyan en el fondo —y esta es otra tesis de Augstein— en el hecho de que la mayoría de los fieles no han tomado en consideración lo que la teología moderna, sobre todo la investigación científica de la vida de Jesús, está proclamando desde los tejados. Y esto es lo que quiere Augstein: ayudar a reparar esta deficiencia.

La segunda motivación de este libro sobre Jesús lo constituye un intento de superación personal del pasado, según el lema: "Reprimir es bueno; concienciar es mejor". Augstein se opone a un catolicismo, que, según su opinión, sigue vigente: un "catolicismo vulgar, preconiliar, anticuménico; una amalgama fantástica de voluntad de poder, de enemistad hostil hacia lo sexual, de insensatez arrogante; un cuadro insólito de donde se espera todo a excepción de figuras como la de Juan XXIII".

D. Sölle caracteriza el método de este libro de la siguiente manera: "Tómense 100 exegetas de los últimos 50 años; divídanse sus conclusiones en pequeñas porciones (versos a mitad, procurando que no tengan relación con las ideas); elimínense, como irrelevantes, todos los resultados positivos que tengan por objeto la autenticidad o el sentido; remuévase todo esto con mayonesa.

La ensalada de este libro es sosa... No hay quien comprenda cómo es posible que este Jesús tan pálido e insignificante, este producto artificial, compuesto a base de tradiciones y leyendas, haya tenido una importancia tan grande para tantos hombres. Debe ser la tremenda estupidez de los hombres la que ha creado esta figura proyectando sobre ella sus deseos e ilusiones. ¡Y no se dan cuenta!"

Augstein constituye casi la única excepción en el campo de la literatura, en el sentido de que habla de Jesús con un lenguaje insultante, difamatorio e hiriente, lleno de odio que ciega, tratándolo de loco y extravagante, aunque, por otra parte, afirma que históricamente no se puede saber nada de él. Yavé es presentado como un "Señor iracundo y sin escrúpulos, brutal hasta el exceso y poseído de un celo rayano en lo patológico". Eduard Schweizer decía que él era incapaz de hablar de un dios tribal africano de la manera cómo Augstein lo hacía de Jesús y de aquél a quien él llama Padre. Estamos ante una cuestión de gusto y no de fe.

El tema: El Jesús de la literatura, debemos tratarlo ahora en el sentido específico de la poesía. Traeremos a colación, sobre todo, la novela actual.

Ésta se distingue de las antiguas formas y tentativas en que la novela de otros tiempos intentaba completar las deficiencias bíblicas sobre Jesús: deficiencias de material histórico, de colorido, de psicología, de fantasía creadora, de poesía y de inmediatez. Las novelas sobre Jesús venían a ser como una especie de duplicado poético de la teología entonces floreciente sobre la vida de Jesús.

No hay ninguna vida de Jesús —así pensaba G. Papini, autor de una, en otro tiempo, mundialmente conocida *Vida de Jesús*— que pueda parangonarse en belleza y perfección a los Evangelios. Pero, ¿quién lee hoy los Evangelios? ¿Y quién sabría entenderlos, aunque los leyese? Hoy tendríamos que traducir de nuevo el viejo Evangelio para satisfacer las exigencias de los hombres de hoy. Para que Cristo viva siempre en la

vida de los hombres, para que esté siempre presente en ellos, no tiene más remedio que resucitar de vez en cuando de entre los muertos. No se trata de presentarlo caracterizado con colores de moda; de lo que se trata es de dar a su eterna verdad y a su vida inmortal palabras actuales que las pongan en relación con lo que hoy existe”.

La *Vida de Jesús* de Papini y la novela de Max Brod, *Der Meister* (=El Maestro) hay que presentarlas en el horizonte de las formas de expresión de carácter histórico y psicológico. En el caso de Max Brod, responsable del legado de Franz Kafka, Jesús está considerado dentro de la tradición de los profetas judíos; pero Jesús pasa por encima de los límites judíos y se transforma, por su bondad y libertad, en un milagro humano.

Han tenido una especial influencia aquellas obras poéticas que, basadas en una vida de Jesús tomada de los Evangelios e interpretada literal e históricamente, han intentado describir el impacto que la figura, la palabra y el destino de Jesús han producido en los hombres de hoy. Este es el caso de la novela del polaco Jan Dobraczynski, *Gib mir deine Sorgen* (=“Confíame tus preocupaciones”). El escriba Nicodemos manda a su maestro Justo 24 cartas, redactadas en primera persona, contándole su encuentro con Jesús. Nicodemos está a punto de hundirse espiritualmente ante la grave enfermedad de su esposa, que es toda su obsesión, hasta que Jesús le dice: Confíame tus preocupaciones. Así es como él alcanza su liberación y su libertad, y con ellas el comienzo de una nueva existencia humana.

Este mismo argumento, a saber, el reflejo de la figura y la fuerza de Jesús en la vida y conciencia de un contemporáneo se encuentra en la novela del premio Nobel Par Lagerkvist, *Barrabás*. Barrabás, liberado por Pilatos, está obsesionado por Jesús, que es ajusticiado en su lugar. Su vida experimenta una transformación por medio de Jesús, invisible, pero aun más poderoso después de su muerte. Barrabás entrega, moribundo, su alma a Jesús.

Otras novelas sobre Jesús claramente actuales en Alemania son las obras de Frank Andermann, *Das grosse Gesicht* (=“El gran rostro”) y de Günter Herburger, *Jesus in Osaka* (= “Jesús en Osaka”). Su diferencia con respecto a novelas anteriores es que no son narraciones poéticas de un hecho conocido, sino que son independientes y críticas.

Frank Andermann fundamenta su obra en experiencias y vivencias autobiográficas. Alfred Rubin, el protagonista, intenta hacer un inventario de su vida, preocupándole, sobre todo, la cuestión de sus relaciones con Jesús y su causa. Rubin cuenta que los Nazis imprimieron en su documentación la letra “J” (judío) y que inmediatamente se hizo discípulo de este Jesús, bautizándose en su nombre. Jesús —nos dice— ha sido dejado en la estacada por judíos y cristianos; por cristianos

que lo dejan colgar aun de la cruz, el madero de la vergüenza, y que lo adoran en la forma de un crucificado; que lo deshonran abusando de él para mil sinrazones, siendo el peor de todos los abusos la falta de sentido que tiene usar la cruz como adorno; los judíos, por su parte, dejan en la estacada a Jesús, que fue uno de sus hijos más fieles.

Jesús fue un guerrillero, un rebelde contra el poder establecido; toda su vida la dedicó a ello, y ésta fue la causa de su muerte. Jesús cayó luchando por la liberación de Israel. La cruz es el signo de esta muerte. Pero dejar a Jesús colgando de la cruz, sin bajarlo de ella, significa la eternización del escarnio y del insulto de Jesús. A este Jesús, tal y como, según Andermann, fue, le han puesto los Evangelios y Pablo —que fundamentalmente lo que escribieron fue un *Dysangelium*— la máscara de Cristo. El cristianismo hizo de Cristo un Dios, arrebatándole todo aquello por lo que él había vivido y por lo que había muerto. Su levantamiento y su muerte fueron encubiertos con la mística niebla de la resurrección y de la divinización. Pero de esta manera no se le ha hecho justicia al Jesús auténtico.

La propia vida de Rubin-Andermann, miembro de la resistencia contra el dominio nazi, fue la que le hizo encontrar la verdad sobre Jesús como luchador de la resistencia. Y de aquí se sigue que Jesús se personifica en todos aquellos hombres que ofrecen su vida para salvar y encubrir la de otros. Por ello no se deberían olvidar, por la cruz en la que uno colgó, las cruces de tantos que antes y después de él hallaron la misma muerte.

Andermann interpreta este “descenso de la cruz”, que él defiende como una vuelta al hogar, como un acto de justicia y de amor, como un salvar a este Jesús de la enajenación a la que lo han sometido los cristianos. De este modo cree él haber conseguido la meta que se había propuesto: “Yo he encargado a mi fantasía que investigue el origen de esa empresa que acabó en la cruz”.

La novela de Günter Herburger con el título: *Jesús en Osaka* tiene un estilo totalmente distinto. El Jesús de esta novela viene del futuro; está en clara contraposición con el “Jesús de Nazareth” y con el “Jesús de Roma”. El Jesús de Osaka se nos presenta en contra de esa “figura de Klischee y desfigurada, propia de nuestra historia occidental”. Jesús se aleja de los ciudadanos cristianos, acercándose a la gente Beat y Pop, y metiéndose en los bajos fondos. Desempeña el papel del hombre nuevo que trabaja, aprende, habla, canta, juega, vence; que es crítico, alegre, irónico y pícaro, algo perplejo y que no quiere ser otra cosa que un hombre entre los hombres, viviendo mejor y con más libertad.

“Lo ejemplar en esta novela es el sentimiento vital de una joven generación, la voluntad de vivir mejor y más libremente, la incompre-

sión y el rechazo ante la imagen de un Jesús de Nazareth hecho a imagen de una sociedad eclesial, la oposición a una autoridad que todavía ejerce su dominio en cuestiones de religión, y la esperanza como principio vital y difuso”.

Si el tema: “El Jesús de los literatos” se merece unas palabras de aprecio, tendrán que ser éstas: Es algo maravilloso que Jesús también se haya convertido en tema de la literatura precisamente en estos tiempos —en un mundo tan secularizado, en un mundo sin Dios. Esto nos lo encontramos en las formas más variadas. Pero es también esta variedad la que puede revelarnos la riqueza y la indestructibilidad de esta figura.

Tampoco se puede negar que no pocos de estos testimonios literarios pueden despertar una nueva sensibilidad por Jesús, por su persona, por su doctrina, por su acción y por la existencia por él vivida. Esto ocurre quizás a través de un estilo literario que es sorpresivo y chocante; ocurre, sobre todo, a través del intento de compaginar la figura y la causa de Jesús con la actualidad, con las experiencias humanas y los problemas de nuestro mundo y de nuestro tiempo, y de ver en Jesús el abogado de una causa a la que no se puede renunciar o de una respuesta que se oye de nuevo.

La imagen de Jesús de la literatura actual es crítica y está libre de todo convencionalismo. Ya no es el acompañante poético de una teología actual o de una praxis eclesial, sino su contrapunto. No hay duda de que en no pocas de las expresiones de la literatura que aquí hemos dado a conocer de forma breve y con un criterio muy limitado de selección, hay, desde un punto de vista teológico, abreviaciones y exclusivismos considerables. Pero nos preguntamos: ¿Es esto así porque a los literatos les gusta lo que está de moda y lo trasladan a los personajes de sus obras, y, por tanto, también a Jesús, o porque los aspectos que hoy gozan de tanto entusiasmo no aparecen con toda su fuerza en el marco de la teología y la iglesia cristiana, o por lo menos en muy escasa medida?

### III

#### EL JESÚS DE LOS FILÓSOFOS

No vamos a investigar aquí cuándo Jesús fue por última vez el gran tema de la reflexión filosófica. Con toda seguridad esto ocurrió en el caso de Hegel, quien en su sistema filosófico-histórico dio a Cristo una significación sobresaliente e incluso central, que quedó expresada en la siguiente frase: “Toda la historia va hacia Cristo y viene de Él. La aparición del Hijo de Dios es el eje de la historia mundial”. Nietzsche vio como modelo del tipo de hombre, que él se imaginaba, a César con

el alma de Cristo. En la filosofía, así llamada actual sobre todo en Alemania, y en sus predecesores más inmediatos apenas aparece el tema de Jesús. Una excepción dentro de la filosofía de la existencia —que podemos considerar como la filosofía de ayer o de antesdeayer— es Karl Jaspers. Este filósofo habla con frecuencia de Jesús; pero de manera definitiva y primordial en su última gran obra: *Der philosophische Glaube angesichts der Offenbarung* (=La fe filosófica ante la revelación), en la que se encuentran pensamientos de obras anteriores. Jaspers se opone, por razón de los presupuestos de su filosofía, a considerar a Cristo como eje del tiempo, al “antes y después de Cristo”, como si se tratara de una revalorización del tiempo causada por Cristo y que tuviese algo que ver con la presencia absoluta de la persona, de la palabra o de la exigencia de Jesús. Jaspers ve en esto una objetivización inadmisibles de lo individual; él habla de una historia coagulada, violentada, extraña y hostil, que hay que rechazar en nombre de la historicidad.

El que las iglesias hayan hecho de Jesucristo un hombre-Dios y un Hijo de Dios es el colmo de lo inadmisibles para Jaspers. Para la filosofía, un hombre-Dios es un absurdo que lleva a la demencia; la mitificación del hombre-Dios es la aniquilación de la verdad revelada.

Jesús es, según opinión de Jaspers, uno de los hombres más importantes, junto a Sócrates, Buddha y Confucio. En su palabra, en la radicalidad de su llamada que postula la decisión por Dios y en su vida consecuente hasta el fracaso, habla Jesús en forma de cifra singular. Jaspers ve la singularidad de Jesús en el hecho de que ha llegado hasta un estadio que no es otra cosa que amor y Dios. Por esto no tiene Jaspers ningún inconveniente en calificar a Jesús como la persona más decisiva entre las decisivas, y en hablar de la inconmensurabilidad de su obra; incluso llega a decir que Jesús ha llevado el ser del hombre hasta unos límites que quizás sean los más revolucionarios de toda la historia. Jesús nos habla exigiendo que reconozcamos lo que somos, que nos orientemos hacia él, aunque no lo sigamos.

Jesús es tema de una filosofía actual de carácter marxista, que se declara expresamente como tal, pero que, al mismo tiempo, es partidaria de un programa “que va más allá de Marx”, sobre todo en lo que respecta a las cuestiones que éste dejó pendientes, a las que no tuvo en consideración y a las que intentó reprimir. Citemos aquí a Roger Garaudy, Milan Machovec y Ernst Bloch.

Roger Garaudy fue uno de los que participó con más significación y más limpieza en el diálogo entre Marxismo y Cristianismo. Él se aperció de que ambas partes habían sufrido una transformación, pasando “de la polémica al diálogo”; sobre todo el catolicismo y la teología actual que lo determinaba; y no en último lugar la figura del Papa Juan XXIII y el Concilio Vaticano II.

No puedo menos que reproducir las palabras que pronunció Garaudy en el Congreso de la Sociedad paulina en Marienbad en 1968 —(el tema que se trataba era creación y libertad)— y que tienen relación con nuestro tema: “Esta vida, esta muerte, es para nosotros, hombres, prescindiendo de su manifestación históricamente determinada, el más alto modelo de libertad y de amor, de abertura hacia una resolución infinita. La maravillosa concepción del amor cristiano, según la cual yo mismo solo me puedo realizar a través del otro y junto con él, es para mí la imagen más alta que el hombre puede trazar sobre sí mismo y sobre el sentido de su vida. La grandeza de la religión está en su preocupación por el hombre y en despertar en él aquellas cuestiones que determinan el sentido de su vida y de su muerte, su origen y su fin, las exigencias de su pensamiento y de su corazón. La crítica marxista desprecia las respuestas ilusorias, pero no el deseo real que las ha hecho nacer”.

Podríamos llamar a Milán Machovec el Garaudy checo, en lo que se refiere a mentalidad, problemática, disposición para el diálogo, así como en lo que concierne a sensibilidad por las cuestiones antropológicas específicas, por las cuestiones acerca del sentido y de la totalidad de la existencia, por las cuestiones acerca del dolor, la muerte, la culpa, el destino y el fracaso.

En lo que a nuestra cuestión se refiere, Machovec ha tomado posición en su libro: *¿Jesús por los ateos?* Posiblemente ha sido este libro, en concreto, el que ha provocado su definitiva expulsión del partido y de su labor como profesor de Filosofía en la universidad de Praga.

Machovec nos habla profusamente de los caminos y transformaciones que le han llevado a él —que es y quiere seguir siendo marxista— a preocuparse por Jesús. Todo esto ha tenido un solo lema: Cuando uno es más marxista —no cuando lo es menos— tiene que preocuparse por la tradición y la experiencia del cristianismo. Y parte esencial de esta preocupación es la reflexión acerca de su origen en Jesús de Nazareth.

El hecho de que Machovec titule su libro *¿Jesús por los ateos?* y lo ponga entre interrogantes, quiere decir que las “relaciones con Dios”, que aparecen en la vida de Jesús —y que Machovec no niega— así como la relación de Jesús con su Padre y su anuncio de la soberanía y el reino de Dios, deben ser desligadas de todo tipo de trascendencia, comprendida en sentido religioso, e interpretada únicamente en sentido humano; eso sí, en un sentido humano que abarque todas sus dimensiones, sobre todo en lo referente a la humanidad y al futuro como única forma de trascendencia. Por otra parte, exige Machovec que todo el que quiera comprender a Jesús debe tener una sensibilidad para todo lo humano y para las experiencias de la vida: alegría y dolor, fracaso

y culpa, comprensión anticipada de todo lo que signifique salvación, redención y liberación.

El ejemplo que damos a continuación puede mostrarnos el modo cómo las palabras de Jesús deben ser traducidas, según esa fusión de perspectivas que Machovec realiza a su manera. El mensaje de Jesús: "Convertíos, porque se acerca el Reino de Dios" (Mt 4, 17) quiere decir para Machovec —después de haberle quitado todo su ropaje mítico típico de la época, y dándole una traducción que él llama expresamente interpretativa: "Vivid con exigencias; una humanidad perfecta es posible. Ya se acerca, es decir, ya se toca; se puede ser más hombre con el propio esfuerzo. Dicho de otra manera: Nadie te obliga a vivir rastreramente, con cobardía o con egoísmo, ni a vivir como si fueras un mero objeto. Siempre se tiene la posibilidad —aunque estés encadenado— de evitar que tu conciencia y tu actitud estén referidas a tus propias necesidades; se tiene la posibilidad de superación, de transformación interior, de ser otro, de esforzarse afanosamente por el Reino de Dios y de pertenecer así a él".

El impresionante impacto que ha producido el anuncio del Reino de Dios se debe a que él se ha identificado con este anuncio: él representa con todo su ser este futuro vivido.

Ernst Bloch se ocupa de la problemática sobre Jesús sobre todo en su obra filosófica principal: *Das Prinzip Hoffnung* (=El principio, la esperanza). Esto se comprende sabiendo que, según Bloch, este principio de la esperanza ha estado subyacente largo tiempo en todas las religiones, sobre todo en la fe cristiana, y que estos campos los debe heredar el marxismo, que hasta ahora no había tenido en consideración la dimensión de la esperanza. Pero herencia supone liquidación. Y esta herencia va a favor de la verdadera imagen de la esperanza, que, distinta de la mera presencialidad y futuribilidad, espera que las posibilidades humanas y las realizaciones en el mundo y en la sociedad se den gracias a esta diferencia.

Lo primero que nos llama la atención en la interpretación que Bloch hace de Jesús es su categórica afirmación sobre la historicidad de Jesús: "Se reza ante un niño que ha nacido en un portal. ¡Con qué intimidad, humildad y cariño se dirige la mirada hacia lo alto! Y el establo es de verdad. No se inventa un origen humilde del fundador. Las fábulas son incapaces de componer una imagen tan humilde; y mucho menos una que se extienda por toda una vida. El establo, el hijo del carpintero, el exaltado entre gente sencilla, y el cadalso, al fin.. todo esto es material histórico, y no cuentos dorados, que es lo que prefiere la fábula".

Bloch no duda en decir que Jesús está rodeado de mitos. "Pero esto es solo el marco, en el que entró un hombre que lo llenó". Jesús es

algo totalmente distinto a las figuras míticas. Las tribulaciones y desalientos de Jesús son "irreconstruibles; dicen: 'Ecce Homo', y no: 'Attis Adonis'. La última cena, tan llena de inquietud, la desesperanza en Gethsemani, el abandono en la cruz y su deshonra... Nada de esto coincide con ninguna leyenda sobre el rey-Mesías... La fe cristiana vive, como ninguna otra, de la realidad histórica de su fundador; ella es esencialmente seguimiento de una vida, y no de un culto y de su gnosis...

El seguimiento de Jesús fue primariamente, a pesar de la gran interiorización y espiritualización, una experiencia histórica y solo después una experiencia metafísica".

El anuncio que Jesús hace del Reino de Dios no cuenta con el hombre tal como es en el presente; su mundo es más bien derribado por Jesús. Es la figura del Hijo del Hombre la que hará nacer la utopía de lo humanamente posible, que en su esencia y fraternidad Jesús ya lo ha vivido. "Un hombre pasó haciendo sencillamente el bien. Esto nunca había ocurrido. Tuvo un gesto nada paternalista hacia los pobres y despreciados —Bloch lo llama "microológico"— y se reveló contra los cambistas y poderosos. El resultado es: Los primeros serán los últimos. Jesús es, ante el poder de los grandes, el signo de contradicción, y a este signo le opuso el mundo el cadalso: 'La cruz es la respuesta del mundo al amor cristiano'".

Por todo esto cree Bloch que no se está en lo cierto cuando se hace de la muerte de Jesús un sacrificio libre en redención y rescate por los pecados de los hombres. Bloch, por el contrario, dice: "El verdadero Jesús murió como mártir y rebelde, no como un pagador; la fidelidad que guardó para con los suyos hasta la muerte no fue nunca voluntad de morir". La cruz es "la catástrofe para ese Jesús que predicó no un más allá para los muertos, sino un nuevo cielo y una nueva tierra para los vivos. El que murió en la cruz fue un rebelde que se opuso a la rutina y al poder; un perturbador del orden público que disolvió los lazos familiares, un tribuno de la última y apocalíptica salida de Egipto".

Acerca de la resurrección de Jesús dice Bloch que, desde el punto de vista de la historia de las religiones, no tiene nada que se le parezca; ni siquiera la imagen de una transformación del mundo en algo que es aun totalmente inexistente encuentra, según Bloch, la más mínima insinuación fuera de la Biblia. Resurrección, ascensión al cielo y parusía (vuelta al fin de los tiempos) constituyen para Bloch "misterios utópicos", en los que la vivencia del advenimiento alcanza su más alta tensión. El recuerdo de Jesús y la esperanza en su última venida son lo mismo; ambas cosas están representadas siempre por el Paráclito; éste es una nueva y definitiva manera de la presencia de Jesús, que traerá consigo el definitivo cambio del mundo, de manera que la gloria de Dios se

transformará en la gloria de la comunidad redimida. Lo nuevo, el Omega, está exclusivamente referido a los hombres. El Reino de Dios “es la plenitud de todos nosotros”.

## IV

## JESÚS SEGÚN EL PENSAMIENTO ACTUAL JUDÍO

Con este tema nos adentramos en un presente dispuesto a dar término a un pasado lleno de incomprendiones, culpa y dolor, sangre y lágrimas, y empeñado en establecer un nuevo comienzo. Hay que liquidar ese mutuo y secular “Adversus”; hay que desmontar esa imagen hostil y caricaturesca que por ambas partes parecía indestructible. En vez del desprecio, de la persecución y de la cruzada aparece la voluntad de reconciliación, el diálogo.

Una señal de este nuevo comienzo es el hecho de que los cristianos se han ocupado de nuevo del tema “Antiguo Testamento” y “Pueblo de Israel”, impresionados terriblemente por el peso de un pasado inmediato y recordando sus propios orígenes. A este fenómeno corresponde el hecho de que el pensamiento judío ha experimentado un nuevo y diferenciado acercamiento hacia lo cristiano, sobre todo hacia Jesús de Nazareth, el hijo de Abraham, el hijo de David.

En lugar de exponer reflexiones teóricas, atengámonos a hechos concretos bajo la forma de nombres y obras.

Ya en el año 1899 escribió Max Nordau, un colaborador de Theodor Herzl, lo siguiente: “Jesús es el alma de nuestra alma, y la carne de nuestra carne. ¿Quién se atrevería a excluirle del pueblo judío? Quizás haya sido Pedro el único judío que dijera de este hijo de David: No lo conozco”.

Para nuestra problemática tiene importancia, además del extenso libro de Joseph Klausner *Jesús de Nazareth*, el ya conocido estudio de Leo Bäck, con el significativo título de *El Evangelio como documento de la historia judía de la fe*.

Aunque los Evangelios se parecen a un palimpsesto, es, sin embargo, posible acercarnos al genuino fondo histórico de Jesús y decir sobre él: Jesús fue un hombre que “vivió en el país de los judíos en días de gran excitación y tensión, que ayudó y actuó, que sufrió y murió; un hombre del pueblo judío, de actitudes judías, con fe y esperanza judías, cuyo espíritu vivía de la Sagrada Escritura, poetizando y pensando según ella, y que anunció la palabra de Dios y enseñó —porque Dios así se lo había otorgado— a oírla y a predicarla. Ante nosotros se encuentra un hombre que consiguió reunir discípulos de entre su pueblo, que bus-

caban al Hijo de David, y que lo encontraron en él y lo aceptaron, creyendo en él hasta que él mismo empezó a creer en sí mismo, de tal manera que llegó a formar parte de la misión y del destino de su tiempo, entrando así en la historia de la humanidad”.

No hay mucha distancia entre Leo Bäck y Martin Buber. En un estudio realizado en la década de los años veinte, se manifestó éste así sobre el tema de Jesús: “El Sinaí no le satisface; él quiere subir sobre las nubes que dominaban el monte de donde venía aquella voz; él quiere penetrar en la intención primigenia de Dios, en la incondicionalidad original de la ley, tal como era antes de que se quebrantase en la materia humana; él quiere cumplir la ley, es decir, quiere llamar a su plenitud y a realizarla”. Pero todo esto —así piensa Buber— sobrecarga al hombre. Más conocidas que éstas son las palabras de Buber en su obra *Zwei Glaubensweisen* (=Dos clases de fe). Él distingue la fe como “Emuna” —fe de confianza— y como “Pistis”, viendo en esto la diferencia entre judíos y cristianos. Jesús mismo es, según Buber, una personificación admirable de la “Emuna” —y, por ello, su hermano en la fe—, así como la personificación de un amor del que los demás solo hacen que hablar. Así se comprende la frase de Buber: “La fe de Jesús nos une; la fe en Cristo nos separa”. Buber no ve posible que se crea en Jesús como en el Cristo, el Redentor. Son demasiado grandes y angustiosos los signos de este mundo irredento. Pero esto no le impide a Buber respetar, como otra clase de fe, la fe de los cristianos. Aunque ya nos son conocidas, quisiera citar estas palabras de Buber, por razón de su fuerza y dignidad: “Desde niño reconocí a Jesús como a mi hermano mayor. El hecho de que la cristiandad lo haya visto —y lo siga viendo aún— como a Dios y a Redentor, siempre me ha parecido cosa de una gran seriedad, que yo me veo en la obligación, por ellos y por mí mismo, de comprender... Estoy más seguro que nunca de que a él siempre le ha correspondido un gran papel en la historia de la fe de Israel, y de que este papel no puede ser sustituido por ninguna de las categorías corrientes”.

A raíz de estas importantes y decisivas llamadas de atención por parte de Martin Buber se han escrito solo en Jerusalén —según nos atestigua E. Lapide— más libros judíos sobre Jesús que en los dieciocho siglos anteriores.

Voy a presentar dos de ellos por la difusión e importancia que han alcanzado:

El libro de Schalom Ben Chorin *Bruder Jesu. Der Nazarener in jüdischer Sicht* (=Jesús, el hermano. El Nazareno visto por los judíos), nos revela, ya en su título, que su inspiración y su temática provienen de Buber. Schalom Ben Chorin intenta, como escritor, desarrollar para

medios más amplios y con un compromiso casi apasionado lo que Buber había iniciado en forma de programa.

Así formula él el resultado de sus reflexiones, que se nos presentan primero en un sentido positivo: "Jesús es para mí el hermano eterno; no solo el hermano de los hombres, sino mi hermano judío. Me apercibo de que me da su mano fraternal para que lo siga. No es la mano del Mesías, llena de signos milagrosos. No es, en absoluto, una mano divina, sino una mano humana, en cuyas líneas se dibuja grabado el dolor más profundo". En sentido negativo nos dice: "Jesús no es el Mesías, pues el mundo aún no ha sido redimido; no es el Hijo de Dios, pues nosotros nada sabemos de un tal; no es el hombre-Dios, Mediador, pues no lo necesitamos. Jesús no es el que cumple la ley; nosotros somos los que la hemos de cumplir. El no es el único hombre justo que ocupa nuestro lugar con su dolor redentor, pues de éstos hay muchos". El Jesús doliente se ha transformado en modelo para todo su pueblo; la resurrección de Jesús en un modelo para el pueblo de Israel, que hoy vuelve a resucitar.

En cualquier caso, es cierto para él que la interpretación cristiana de Jesús es falsa. Jesús de Nazareth se mantuvo totalmente dentro del judaísmo; y Schalom Ben Chorin, junto con otros judíos contemporáneos, cree que su misión está en llevar a Jesús cerca de su pueblo. Cuando desaparezca todo lo que no concuerda con la imagen judía de Jesús: el mito de la resurrección, la ascensión a los cielos, el establo y la estrella de Belén, entonces se podrá decir: "Jesús es el hijo perdido que, al cabo de dos mil años de ausencia, vuelve a la casa del Padre, a su propio pueblo judío. Este hijo mío, había muerto y ha vuelto a la vida; se había perdido y lo hemos encontrado".

Solo y únicamente así podemos decir que Jesús es el hijo del hombre, es decir el hermano de los hombres.

Davis Flusser, profesor de Nuevo Testamento en Jerusalén, ve igualmente en Jesús al hombre judío, al que solo se le puede comprender desde un horizonte y con una perspectiva judía.

Para Flusser —que nos ha escrito una vida de Jesús, a base, sobre todo, de los Evangelios sinópticos—, Jesús es un judío fiel a la ley, aunque subraye más la parte moral que la formal de la praxis legal, criticando las frías normas religiosas. La ética de Jesús culmina en el mandamiento del amor radical y entregado, cuya característica especial hay que verla en la exigencia del amor a los enemigos. La actitud de Jesús para con los pecadores y recaudadores es una conducta provocativa, porque choca contra las costumbres de entonces. La predicación de Jesús sobre el Reino de Dios la caracteriza Flusser como una escatología ya realizada. Jesús es "el único judío, que conocemos, que no solo anuncia que nos encontramos en el límite de los últimos tiempos,

sino, a la vez, que el nuevo tiempo ya ha comenzado". "En él se hará visible el amor incondicionado hacia todos; las diferencias entre los pecadores desaparecen. Los primeros serán los últimos y los últimos los primeros".

El escándalo de la cruz no solo se refiere para Flusser al Jesús histórico, sino también a la fuerza redentora de la cruz. Jesús adquiere un puesto incomparable en el destino y en la historia de la humanidad. Flusser da a las palabras de Mateo (28, 20) un sentido que, según él, es nuevo, no eclesial y válido para todos los hombres: "Mirad, yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo".

Si nos detuviésemos a pensar amplia y teológicamente sobre el tema de Jesús en su interpretación actual, sobrepasaríamos el marco de estas reflexiones. Nos contentaremos con señalar lo siguiente:

El tema, como tal, lo hemos de acoger con agrado; es una bendición para judíos y cristianos. Nos hace recordar lo que ha sucedido durante largos años. A los cristianos se nos recuerdan los presupuestos sin los cuales no se comprende ni la vida, ni la figura, ni el mensaje, ni el destino de Jesús —el llamado Cristo—.

Las interpretaciones judías de Jesús no solo han dicho a los cristianos lo que éstos ya sabían desde siempre; les han permitido, además, darse cuenta de algo nuevo sobre Jesús, no solo como hombre, sino como judío, en lo que respecta a su fe, a su mensaje sobre la soberanía y el Reino de Dios, al problema Ley-Evangelio, Ley-Gracia, y a la redención aún inconclusa.

El cristiano, acostumbrado a leer el Antiguo Testamento a la luz del Nuevo, no podrá, ciertamente, mostrarse dispuesto a leer el Nuevo Testamento como apéndice del Antiguo, ni a considerar en el Antiguo Testamento la única clave hermeneútica para la comprensión del Nuevo Testamento. Pero quizás hayan sido los cristianos y los teólogos cristianos demasiado ligeros en su consideración sobre el tema del Antiguo Testamento y de Israel, y en su forma de exposición "casera". Tampoco nosotros nos mostramos conformes con que Jesús haya de ser visto como el hijo perdido, que vuelve a la casa del Padre, Israel, al cabo de dos mil años. La diferente forma de interpretación se mantiene constante. La fe de Jesús nos une; la fe en Cristo nos separa. Tampoco podemos hacer nuestra la frase de Martin Buber, expresada en su primera época: "Lo creativo en el Cristianismo no es cristianismo, sino judaísmo, y, por tanto, no tenemos por qué tomar posesión de ello, pues lo llevamos de forma perdurable en nosotros".

El hecho de que Jesús sea aceptado por el pensamiento judío actual como hermano y como profeta; que se le adscriba una función insustituible, incluso para los mismos judíos, no debería ser motivo para que los cristianos y los teólogos cristianos manifestasen su discrepancia en

frases como éstas: "El teólogo cristiano no puede dejar de lado en ningún momento su fe en la figura y la obra de Jesús como algo singular y sin competencia. Esto —y solo esto— lo constituye en Cristo, y lo distingue absoluta y teológicamente, a vida y muerte, del judío, estableciendo al mismo tiempo entre ellos una inevitable oposición polémica, que en caso de debilitarse o eliminarse solo significaría traición o capitulación".

El Pablo de la carta a los Romanos (cc. 9-11) habló de otra manera, y nadie dirá de él que pasó por alto u olvidó lo que diferencia al cristianismo en lo que se refiere a Jesús. Lo mismo valdría sobre las declaraciones que el Concilio Vaticano II y los últimos comunicados vaticanos han dicho sobre la cuestión judía.

## V

Vamos a dar por terminada esta información que acabo de hacer, pues me va pareciendo demasiado larga para una referencia. Pero creo que se ha quedado demasiado corta si tenemos en consideración todo lo que se hubiese podido reflexionar y decir sobre el asunto.

Para terminar, se impone que formulemos algunas tesis o cuestiones en relación con lo dicho. Algunas de ellas han quedado ya expresadas en sus respectivos apartados.

Nuestras reflexiones han puesto de manifiesto lo siguiente:

1) Jesús y su causa viven. No son solo datos o recuerdos; tienen importancia para el presente, para el aquí y ahora, para el hombre y para los asuntos que le importan a él, a su vida y a su historia. Renunciar a Jesús y al impacto que ha causado no solo significaría una falta de memoria o una pérdida de nuestra capacidad de retención, sino también una pérdida de experiencias humanas, de altura humana, de cultura, de humanidad ejemplar, que afectan a los individuos y a la comunidad.

2) Prescindiendo de Augstein, la persona y la figura de Jesús han sido tratadas, dentro de las interpretaciones no eclesiales de Jesús, con dignidad, con respeto y admiración, con veneración, estima y amor.

3) El objeto de la interpretación no eclesial de Jesús es el hombre Jesús, el Jesús histórico, y no el Cristo de la fe eclesial: el Cristo del Cristianismo, y, en especial el de las iglesias, el Cristo de los dogmas, el Cristo como "pieza petrificada y rara". De este hombre destacan estas interpretaciones no eclesiales los rasgos más diversos: Jesús, el amigo que ayuda a los demás; Jesús, que me ama y que te ama, que nos libera y da sentido a nuestra existencia; Jesús, el abogado de los

pobres, de los pecadores, de los "Outcasts", pero también Jesús, el crítico de lo establecido en la praxis religiosa de entonces, en cuanto que ésta constituía su criterio decisivo en el formalismo, la rutina, la legalidad y el activismo religioso, olvidando al Dios que exige justicia y misericordia, que ha hecho el sábado para el hombre, y no el hombre para el sábado.

4) Otros rasgos del Jesús como hombre son: Su existencia desinteresada en favor de los demás; el amor radical al prójimo —que él mismo enseñó y practicó—, como verificación del amor a Dios; la ejemplar fusión —en él presente— de vida y doctrina; la primacía de la praxis ante la teoría y la ortodoxia que podemos apreciar en su vida y en su destino: la fidelidad a su misión. También hoy —y precisamente hoy vemos y reconocemos en la serena tranquilidad de su corazón la realización de las más alta posibilidades humanas: Ecce Homo.

5) La convergencia de estas observaciones nos lleva, en no pocos casos, a calificar a Jesús —a la manera como lo hace Jaspers— como al hombre definitivo, incluso como al más definitivo; a destacarlo así de entre la galería de hombres como tú y como yo, y a aproximarlos al Cristo de la fe, aunque esto no se diga o incluso se niegue expresamente.

6) ¿Cómo tenemos que responder nosotros, los cristianos, a estas interpretaciones no eclesiales sobre Jesús? ¿Nos hemos de contentar con deambular por medio de esta gran explanada con la varita mágica en la mano, registrando atentamente cuándo, dónde y con qué intensidad se mueve hacia una u otra parte, al encontrarnos con lugares, quizás con muchos lugares —¿y diremos que cuantos más mejor para nosotros?—, en los que advertimos que la figura de Jesús queda recortada, unilateral o mal comprendida, sobre todo —y con razón— al advertir una inadmisiblemente reducción al "Jesús histórico", que sin el Cristo de la fe ni siquiera es, en su pleno sentido, el Jesús histórico?

Yo no digo que proceder así con este tipo de comprobaciones no sea legítimo, e incluso necesario. Pero me pregunto: ¿Nos hemos de dar por satisfechos con esta clase de comprobaciones negativas, señalando los defectos e insuficiencias —aunque reconozcamos graciosamente que en este catálogo negativo aún quedan algunos rasgos positivos dentro del déficit incomparablemente mayor, sobre los que no vale la pena llamar la atención, ya que nosotros, es decir, la Iglesia y la teología, los expone-mos mucho mejor dentro de un todo incólume?

¿No sería mejor tener, en primer lugar, una actitud positiva ante estas variadas interpretaciones sobre Jesús, y destacar, complacidos, y sin esa manía crítica de medirlo todo, no solo que Jesús es un tema vital y actual dentro del campo de lo no eclesial, sino también que en

estas interpretaciones hay algo de cierto, incluso desde el punto de vista de la teología y de la Iglesia, pues corresponde al “*vere homo*”?

Partiendo de esas premisas, aplicadas positivamente, aún nos quedan bastantes posibilidades de advertir sobre las deficiencias de estas interpretaciones, ya que prescindimos de algo que pertenece indefectiblemente a la figura y a la causa de Jesús. Con esta opción estableceremos, en todo caso, una base para la discusión con las interpretaciones no eclesiales de Jesús, distinta de la que se da con aquella postura que comienza por poner sobre el tapete un “*Syllabus errorum*” sobre la cristología, añadiendo después, a manera de apéndice, unas cuantas aclaraciones de carácter positivo.

7) Preguntémosnos otra vez: ¿Qué tenemos que contestar al fenómeno que significan estas interpretaciones no eclesiales de Jesús? Repitamos una frase dicha al comienzo de este estudio: No deberíamos sentirnos irritados al ver, sobre todo, que estas interpretaciones han surgido en campos no eclesiales, sino que deberíamos juzgar estos hechos también en su dimensión teológica. Constituye un dato de la cristología el hecho de que Jesús tiene una referencia a la creación en su totalidad, es decir, al hombre sobre todo: Cristo como fundamento y meta de la creación, Alfa y Omega, Lógos que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. La teología podría y debería reconquistar hoy aquella actitud que se nos ofrece en el modelo bíblico del “*exorcista forastero*”, y en la diferente y significativa manera de juzgar a este hombre y su actividad por parte de los discípulos de Jesús y de Jesús mismo. Deberíamos reconquistar una mentalidad teológica tal y como se nos presenta en la obra de Clemente de Alejandría, de Orígenes, de Tomás de Aquino, de Nicolás de Cusa. Estos teólogos conciben lo cristiano y lo católico como fuerza de una afirmación universal, que no nos ciega, en absoluto, para que no distingamos las diferencias. El que Cristo haya ejercido su influencia y la siga ejerciendo hoy, más allá de las fronteras de la Iglesia, es el fruto de una acción y de una historia efectiva, que no sería ni imaginable ni posible sin la Iglesia. Esto es válido y sigue siendo actual, aunque de aquí surja —por los motivos que sea— un campo no eclesial, un campo fuera de la Iglesia. Pero —preguntémosnos de nuevo— ¿se describe este campo adecuada y suficientemente, calificándolo sin más como no eclesial, como algo fuera de la Iglesia?

8) Estas reflexiones nos llevan a un punto que ya habíamos expuesto: A la tremenda afirmación: “*Jesús, sí*”, se viene a añadir otra más tremenda aún: “*Iglesia, no*”.

La Iglesia de Jesucristo es rechazada por causa de Jesús. Es este un hecho intranquilizante, que llega a producirnos cierto desasosiego. Pero ¿tiene su motivación únicamente en la ceguera y maldad de los hom-

bres, en su rechazo colectivo y patológico de todo aquello que signifique institución, que tenga algo que ver con autoridad, o que ocurra, sobre todo, dentro de las iglesias, en especial dentro de la Iglesia católica y de su evidente y característica estructura?

Para contestar a esta pregunta sería quizás bueno oír algunos argumentos de los que unen su "Sí" a Jesús con su "No" a la Iglesia. Se dice, por ejemplo:

Dentro de las iglesias la figura de Jesús, como hombre, queda muy pobre. En las iglesias solo nos encontramos con el Cristo de la fe, el Cristo Glorificado como Dios verdadero, como Hijo de Dios.

Este Cristo —se dice— es el que custodia y defiende la Iglesia, reclamándolo, al mismo tiempo, como si fuera de propiedad exclusiva. Con ello es la Iglesia la que se glorifica y enaltece a sí misma. Sus actos y comportamiento son considerados con excesiva evidencia como representación de Cristo, como realización de Cristo, como "constante encarnación del Hijo de Dios", para hablar con el teólogo Adam Möhler. De esta manera se llega a la legitimación de lo fáctico, de lo establecido, de lo actual; se corre el peligro de caer en una identificación pretenciosa entre Iglesia y Cristo. Se deja en suspenso la cuestión auto-crítica sobre el Evangelio, y falta una orientación hacia la totalidad de la figura de Jesús, de su mensaje y de su misión.

En la Iglesia y en las iglesias —según dice otra objeción— Cristo es poco transparente. Se puede reconocer muy poco, en el ser y en el hacer de las iglesias, de lo que se dice en la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, "Lumen gentium": Que en el rostro de la Iglesia resplandece Cristo, como luz del mundo.

Encontramos —siguen objetando— que las iglesias se ocupan demasiado de sí mismas; que hay en ellas demasiada rotación sobre su propio eje, demasiado aseguramiento y consolidación de posiciones, unido todo esto con mucha política. —Encontramos poca renovación y transformación mediante esa instancia normativa que es Jesús. —Encontramos muchos cantos de Kyrie, Kyrie, y poca disposición a hacer, como Jesús, la voluntad del Padre. —Encontramos demasiada oficialidad y reglamento, demasiado afán de tranquilizar y poquísima libertad, espontaneidad y valor. —Encontramos demasiada Gran-Iglesia y muy poca comunidad; demasiada Iglesia gloriosa, enmascarada con la etiqueta de servicio, y muy poca hermandad que tome en serio las palabras de Jesús: "Solo uno es vuestro Padre, el del cielo". —Encontramos demasiadas cargas y leyes y muy poca alegría y profecía.

Hay otras objeciones que dicen que en la Iglesia todo está excesivamente complicado, sobre todo en las declaraciones oficiales y en la teología con su lenguaje especializado de tal manera que a los hombres de hoy les parece una lengua extraña. En todo caso, dicen, ni nosotros, ni

nuestro mundo aparecemos en ella. Y si alguna vez intentamos traducir a nuestro lenguaje la causa de la fe y del ser cristiano, caemos bajo la sospecha de ser imprecisos. Pero —así se siguen preguntando—, ¿es el mensaje cristiano tan complicado? ¿No se le puede expresar con palabras sencillas, dándole así una forma y un lenguaje que lo pueda comprender todo aquel que piensa y habla?

Prodríamos proseguir enumerando preguntas. Pero, ¿se puede decir que estas preguntas proviene solo de la mala voluntad o de un conocimiento deficiente? ¿No provienen más bien de una actitud de tristeza ante lo que pasa en las iglesias, ante su manera de anunciar el Evangelio y ante su teología? ¿No son quizás el resultado de una búsqueda que no ha tenido resultado efectivo para quienes la iniciaron?

¿Acaso no nos advierten estas cuestiones que hay cosas que los teólogos y la jeraquía deberfan tener más en consideración?

¿No nos indica todo esto que hay algo sobre lo que no se ha insistido con la suficiente credibilidad para que la luz de Jesús se refleje en el rostro de la Iglesia?

¿Acaso no nos señalan las interpretaciones no eclesiales sobre Jesús el lugar donde se hallan nuevas y grandes posibilidades, todavía no aprovechadas, para una interpretación eclesial sobre Jesús?

Versión castellana de SALVADOR CASTELLOTE